

espaldas las toneladas de prejuicios que se han ido acumulando sobre la humanidad. Si es así, entonces vaya usted a ver *Las tentaciones de María Egipciaca*. Pero si usted se ha liberado ya, entonces vaya a los dos espectáculos. Ambos son espléndidos.

3 de marzo de 1968

#### PETER WEISS VS. JUAN IBÁÑEZ

A propósito de la puesta en escena del *Marat-Sade*, de Peter Weiss, por Juan Ibáñez, no hay tertulia de intelectuales o intelectualoides en que no se discuta al joven director, se trate de analizar la obra de Weiss, se alabe al dramaturgo y se desprecie a Ibáñez. “¡No se respetó el texto!” “¡Es un espectáculo de circo, sin conservar las ideas de Weiss!” “¡Entre tanto movimiento no se escuchan los parlamentos!”, etcétera, etcétera. Así claman los que creen conocer, o en realidad conocen, el *Marat-Sade*. Y en cuanto a los demás directores de teatro, el desprecio hacia Ibáñez llega a ser insultante. Es natural: cada uno de ellos piensa que lo hubiese hecho mejor. Entre los actores, el desprecio a los que intervienen en esta obra es también humillante: ¡Si a ellos se les hubiese encomendado el Marat, o el Coulmier, o el Duperret, o el Heraldo, o al menos alguno de los cuatro cantantes! Salvo con aquellos que dicen que ellos hubieran estado mejor en el Marqués de Sade, con nada de lo que he escrito antes estoy de acuerdo.

El texto de Weiss sí está respetado, sólo que se necesita tener un oído acostumbrado para *escuchar* los parlamentos mientras se contempla el espectáculo. Si los ojos pueden más que el oído, entonces la mente se concentra sólo en el movimiento escénico, pero esto ya no es culpa del director, sino del espectador. ¿Desde cuándo el teatro ha dejado de ser espectáculo para convertirse en sesiones auditivas? Por otra parte, no pongo en duda que algún otro director hubiese puesto el *Marat-Sade* de otra forma, puesto

que toda pieza teatral está a disposición de la sensibilidad de cada director, pero es Juan Ibáñez quien la presenta en México, y se puede estar o no de acuerdo con la interpretación que le dio, pero no se puede negar el talento demostrado, el esfuerzo casi sobrehumano y la perfección en el movimiento escénico de cincuenta personajes. Además, Ibáñez logró un milagro: que ni uno solo de los actores que intervienen se salga un solo instante de su papel, y no hay que olvidar que son cincuenta. La mayor parte de ellos sólo permanecen en sus lugares tomando parte o simplemente escuchando la representación que se lleva a efecto en el manicomio, pero siempre con una personalidad definida que no abandonan jamás. (Sólo los cuatro músicos no están en Charenton. Cuando no tocan sus instrumentos, se les ve papar moscas con una cara de aburrimiento pavorosa. Le pido a Ibáñez que no trate de meterlos en situación porque los músicos pertenecen a una raza especial que no entiende de teatro, sino que los saque de escena por completo para que solamente se escuchen y no se vean. Tal como están ahora, rompen la armonía del conjunto.)

El *Marat-Sade* de Juan Ibáñez es un grandioso y bello espectáculo; es, además, una de las mejores direcciones escénicas que se hayan visto en México, junto con *Don Gil de las calzas verdes*, de Héctor Mendoza, y *La noche de los asesinos*, de Juan José Gurrola. Sé bien que el propio Peter Weiss no estaría de acuerdo con esta puesta en escena, porque él es partidario del “teatro para oír”, como O’Neill era partidario del “teatro para leer”. Pero los espectadores, y yo con ellos, prefieren el “teatro para ver y oír”, que eso ha sido siempre cuando es bueno. Y puedo decir esto porque acabo de leer *El testimonio* de Peter Weiss, que es un extraordinario documento sobre los campos de concentración nazis, pero que no es teatro “para ver”, sino “para oír”. Y para esto, mejor un disco.

Después de la dirección, se debe hablar de la escenografía, antes que de la interpretación. Toni Sbert acaba con el mito de que no hay escenógrafos nuevos en México. Esa aplastante, macabra colmena que construyó, o quizá sean sarcófagos verticales unidos entre sí, a más de darle la ambientación exacta a la obra,

brinda al director un ilimitado número de recursos, todos ellos válidos.

Imposible me sería aunque no me faltan deseos, de hablar de cada uno de los actores que intervienen en *Marat-Sade*, pero sí puede decirse que también con ellos se acabó con una pésima costumbre del teatro en México, o sea que cuando un actor ha hecho antes papeles importantes, no puede ya tomar parte en otros inferiores.

Aquí vemos a Lilia Aragón, María Luisa Alcalá, Ana Ofelia Murguía y otros participando del espectáculo sin hablar, pero con total entrega. Merecen todos ellos, junto con los que comienzan su carrera, la felicitación más calurosa. Evidentemente, entre los papeles importantes quien sobresale con esa luminosidad externa e interna que posee desde niña, es Angélica María. Su Carlota Corday, a despecho de lo que opinen los intelectualoides, es exacta, maravillosa, y confirma una vez más la idea, la certeza, de que es una de las más valiosas actrices de nuestro teatro. Sergio Jiménez creo que puede dar más en su Marat si se lo propone. No digo que esté mal, ni nada hay en su actuación que pueda reprochársele, pero él es más actor de lo que ofrece en esta ocasión, y su papel le exige que dé cuanto tiene. Héctor Bonilla excelente en su Duperret, y los cuatro cantantes también. Es lástima, después de tantos elogios, tener que señalar el lunar: Wolf Rubinsky. ¿Por qué lo eligió Ibáñez para el Marqués de Sade? ¿Creyó que iba a quitarle veinte años de vicios escénicos, de mala dicción, de querer ser actor y no conseguirlo jamás? Ni Ibáñez, ni Gurrola, ni Mendoza, ni Peter Brooks, podrían quitarle lo que le enseñaron Miguel Morayta, Miguel M. Delgado, los Galindo, los Zacarías y los Sotomayores. En él sí cabe decir que el texto se pierde, porque no se le entiende lo que dice, o lo dice con tal monotonía que el oído lo rechaza. Esta puesta en escena merecía un Sade a la altura de la dirección y de la obra. Gastón Melo bien en su Heraldo, aunque a veces quiere ser tan natural su actuación, que se nota que está luchando por ser natural, y esto es malo.

Una música acertada de Alicia Urrueta, excepto en la canción "Pobre Marat", que suena a comedia musical norteamericana, pero mediocre.

Ojalá siga suscitando controversias Juan Ibáñez. Esto quiere decir que vale. Y a despecho de los cronistas teatrales que le criticaron la “desmedida epilepsia” de los dementes de Charenton; a despecho de los directores y actores que lo envidian, y a despecho de todo aquel que no perdona el éxito, *Marat-Sade* quedará como una innegable muestra de lo que se puede, de lo que se debe hacer en el teatro de México, y para mí un documento más que esgrimir ante aquellos que sistemáticamente hacen mal las cosas.

31 de marzo de 1968

#### LAS GORDAS TOMARON METRECAL

Decir que Salvador Novo escribe bien, que tiene el ingenio más agudo de la actualidad y que es el intelectual de mayor relevancia en México, es decir algo tan sabido y tan reconocido en todos los medios que quedaría uno como el inventor del hilo negro. De Salvador Novo no cabe ya decir nada en su elogio: sólo cabe admirarlo en todo cuanto haga, hasta en su teatro, que viene a ser la parte débil de su fecunda producción, como le sucedía a don Benito Pérez Galdós, y no por eso dejan ambos de ser tan ilustres. Por ello, no hablaré de *La guerra de las gordas* como comedia en sí, la que pese a quien piense lo contrario, es buena por su diálogo, por su intención, por su humorismo, por su erudición; que tenga fallas en su construcción viene a ser *peccata minuta*, porque tiene más virtudes que defectos. Por otra parte, si el director que la toma por su cuenta se cree más listo que el autor y cambia de lugar escenas debilitando aún más la construcción y los finales de acto, menos aún se puede culpar al maestro Novo si el público aplaude fríamente y queda disgustado. Es lo que ha sucedido en la reposición de esta comedia en el Teatro Reforma: Miguel Córcega (ignoro si con la autorización de don Salvador) suprimió la escena final y la trasladó al primer acto, consiguiendo solamente dejar la comedia sin conclusión lógica y creando en los espectadores una tremenda confusión, tanta, que